

El texto que sigue se publicó originalmente en Perspectivas: revista trimestral de educación comparada (París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación), vol. XXIV, n^{os} 1-2, 1994, págs. 181-199.

©UNESCO: Oficina Internacional de Educación, 1999

Este documento puede ser reproducido sin cargo alguno siempre que se haga referencia a la fuente.

TOMAS MORO

(1478-1535)

Keith Watson¹

De Tomás Moro -Sir Thomas More en inglés- o Santo Tomás Moro, ya que la Iglesia Católica lo beatificó en 1886 y lo canonizó en 1935, se ha dicho, entre otras cosas, que fue “la figura más atractiva de comienzos del siglo XVI”,² “la voz de la conciencia de la primera Reforma inglesa”³ y “una de las tres mayores personalidades del Renacimiento inglés”⁴. Fue erudito, abogado, teólogo, estadista y finalmente mártir, y su influencia se dejó sentir menos en la evolución de la Reforma de Inglaterra que en la creación de un género literario particular: la descripción futurista e idealista de la sociedad ideal. El título de su libro más famoso, *Utopía*, se ha incorporado al lenguaje común y el término “utópico” se utiliza a menudo para referirse a una idea o un concepto idealista y sumamente deseable pero al propio tiempo totalmente inviable e irrealista. En el campo de la ciencia política, tanto los liberales como los socialistas atribuyen a Tomás Moro la paternidad de algunas de sus ideas. Hasta en el Kremlin había una sala dedicada a Tomás Moro, por su supuesta adhesión al ideal político del comunismo⁵.

Tomás Moro nació en Inglaterra en un periodo muy perturbado política y socialmente; en 1485 Henry Tudor había derrocado del trono a la Casa de York, instalando una nueva y despiadada dinastía que iba a tener una profunda influencia no sólo en la forma futura de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y por consiguiente en el desarrollo de la democracia parlamentaria en Inglaterra y en el País de Gales, sino también, y sobre todo, en la evolución de la Reforma inglesa. A Tomás Moro se le recuerda principalmente como pensador político y opositor al rey Enrique VIII en el intento de éste de sustituir al Papa a la cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Su contribución al pensamiento educativo en la Inglaterra y la Europa del siglo XVI suele pues pasarse por alto. En el presente estudio trataremos de restablecer el equilibrio y mostrar que Moro fue tanto un visionario inspirado como un crítico de la sociedad de su tiempo.

El contexto de la vida de Moro

Para entender la importancia y la estatura de Tomás Moro y la razón de que se venere su memoria como la de un hombre de extraordinario valor e integridad, es necesario entender algunas de las circunstancias políticas e históricas de su época. Durante gran parte del siglo XV, Inglaterra estuvo sumida en una constante agitación política como consecuencia del enfrentamiento entre las casas de York y de Lancaster, apoyadas cada una por una fracción de la nobleza, para obtener la supremacía política. Enrique IV (1399-1413) depuso al rey Ricardo II y fue el primer soberano de la Casa de Lancaster. Su hijo Enrique V (1413-1422), inmortalizado por Shakespeare en la obra del mismo nombre, derrotó a los franceses en la batalla de Azincourt (1415) y fue nombrado regente de Francia y heredero de la corona francesa. Por desgracia, su hijo Enrique VI (1422-1461) estaba más interesado por la religión y el ascetismo que por las luchas políticas y militares. Fundó el Eton College y el King's College, en Cambridge, pero su legado político fue menos prestigioso: perdió las posesiones francesas

y, finalmente, la Guerra de las Dos Rosas,⁶ cediendo el trono a Eduardo IV, de la Casa de York (1461-1483). Aunque su hijo, Eduardo V, fue proclamado rey, su tío Ricardo, duque de York, le desposeyó de la corona y se hizo proclamar rey con el nombre de Ricardo III (1483-1485). Sin embargo, la posición del usurpador distaba mucho de ser segura, debido en parte al destino incierto de los jóvenes príncipes, Eduardo V y su hermano Ricardo.⁷ Ricardo III fue derrotado en la batalla de Bosworth, en 1485, por Enrique Tudor (Enrique VII, 1485-1509), cuyos derechos a la corona inglesa eran también bastante inciertos, abriéndose así una nueva era en la historia de Inglaterra. Enrique VII afianzó su posición suprimiendo despiadadamente a todos sus rivales potenciales, concertando hábiles tratados con los países europeos vecinos y practicando una política de austeridad fiscal. Su hijo Enrique VIII(1509-1545) no sólo consolidó la dinastía Tudor mediante alianzas matrimoniales y otros convenios y eliminando brutalmente a sus opositores, sino que además emprendió una serie de guerras en el extranjero que dejaron maltrecho al erario público. Ello dio lugar a una enorme inflación y a graves disturbios sociales, y el Parlamento debía recurrir periódicamente a la imposición de nuevos tributos. En 1509, Enrique se casó con Catalina de Aragón, viuda de su hermano mayor Arturo. Por desgracia, Catalina no pudo dar a Enrique el hijo que tan desesperadamente necesitaba para asegurar la dinastía con un heredero varón.⁸ Al no poder obtener un divorcio del Papa, a quien lo solicitó alegando que el matrimonio con la mujer de su hermano era un caso de adulterio, (*Levítico*, XX,10), Enrique VIII entró en conflicto con la Iglesia Católica Romana. Su secretario de la época, Tomás Cromwell (1485-1540) sugirió una solución: si Enrique se proclamaba cabeza de la Iglesia en Inglaterra, en vez del Papa, le sería fácil concederse a sí mismo el divorcio. Así pues, en 1531 se adoptaba, con esta finalidad, la Ley de Supremacía. Otras leyes confirmarían la Reforma de la Iglesia en Inglaterra, que acabó consolidándose bajo el reino de una de las hijas de Enrique VIII, Isabel I (1558-1603). Fue precisamente la cuestión del divorcio del rey y la pretensión de Enrique de ser cabeza suprema de la Iglesia lo que causó el conflicto entre Enrique y Moro, conflicto que acabaría en la ejecución de este último en 1535. Sin embargo, Moro no fue decapitado por su actitud respecto de las cuestiones religiosas, sino por el delito de traición. La negativa a aceptar la Ley de Supremacía constituía en efecto delito de traición, como trataría de explicar después Enrique VIII al Papa y al Emperador Habsburgo, Carlos V, el cual, según el yerno de Moro, William Roper, le dijo al embajador inglés, Sir Tomás Eliot: “Señor Embajador, tenemos entendido que el Rey vuestro Señor ha ejecutado a su fiel servidor y sabio consejero Sir Tomás Moro”. A lo que Sir Tomás Eliot respondió que no sabía nada al respecto. “Bien”, dijo el Emperador, “es muy cierto, y no diremos más que si hubiésemos sido señores de tal servidor, de cuyas obras hemos tenido sobrado conocimiento en estos últimos años, habríamos preferido perder la Mejor ciudad de nuestros dominios antes que un consejero tan valioso”.⁹

Si Enrique fue capaz de hacer aprobar tantas leyes anticlericales en los decenios de 1530 y 1540, incluida la de disolución de los grandes monasterios y abadías, ello fue debido a la presión de los altos funcionarios frente a la corrupción predominante en la Iglesia a comienzos del siglo XVI. Las prácticas corruptas del clero habían suscitado muchas críticas: con frecuencia tenían amantes; explotaban a los pobres y a los crédulos; su influencia en la educación era estéril y negativa. Hombres como Erasmo (1466-1536)¹⁰ y Moro figuraban entre los más señalados críticos de aquel estado de cosas. Sin embargo, si los dos reclamaban una reforma de la Iglesia, a diferencia de Lutero en Alemania y de Zwinglio en Suiza, ellos no querían romper con la Iglesia Católica, sino que preferían reformarla desde dentro. Además, Moro temía que los excesos de Lutero condujeran a la agitación social y la guerra civil. Aunque Moro fue, por muchos conceptos, un hombre del Renacimiento, ávido de nuevas ideas y favorable a los horizontes que abría el estudio de los clásicos griegos y latinos, en muchos

aspectos seguía apegado a la concepción tradicional del poder espiritual e incluso político. Pero ante todo era un hombre de máxima honradez e integridad.

La vida de Tomás Moro

Tomás Moro nació el 6 de febrero de 1478 en Londres; su padre John (muerto en 1530) era jurista. Ciertos biógrafos han dicho que fue juez, pero es más probable que fuera abogado. Sin duda alguna influyó en el pensamiento jurídico de su hijo. Tomás se educó en la St. Antony's School, entonces la mejor de Londres, y a los doce años de edad fue enviado a casa del cardenal John Morton, arzobispo de Canterbury y Gran Canciller de Inglaterra. Es evidente que Moro recibió una gran influencia de Morton, a quien cita elogiosamente en su *Historia del rey Ricardo III*, e, indirectamente, en la *Utopía*. En 1492, Morton envió al joven Moro al Canterbury College (después Christ Church College) de Oxford, a estudiar derecho. En Oxford, Moro estudió con Linacre (1460-1524), uno de los principales humanistas del Renacimiento. Linacre era un erudito clásico, preceptor del hijo mayor de Enrique VII, el príncipe Arturo, y también médico que más tarde fundaría el Royal College of Physicians (1518), del que fue el primer presidente. Linacre, que más tarde dio nombre a un “college” de Oxford, enseñó a Moro y a otro alumno, Erasmo, el latín y el griego, les inculcó su entusiasmo por lo que entonces se denominaba el “*New Learning*” [El nuevo saber] que más tarde recibiría el nombre de “Renacimiento”, y les comunicó su gran apetito intelectual por los clásicos, las humanidades, la literatura, la poesía y la música. John Colet (1467-1519) enseñaba también en Oxford en esta época y compartía muchas de las nuevas ideas del Renacimiento, aunque su influencia en Moro se produjo a través de sus escritos teológicos y su predicación. Colet denunciaba muchos de los abusos eclesiásticos de entonces y atacaba las concepciones escolásticas acerca de la doctrina de San Pablo, tratando de establecer una nueva forma de erudición bíblica basada en los textos griegos originales. A su salida de Oxford, Moro completó sus estudios jurídicos en los *Inns of Court* (colegios de abogados) de Londres, primero en el *New Inn* y después en el *Lincoln's Inn*, antes de ser nombrado profesor interino en el *Furnival's Inn*. Su competencia en cuestiones jurídicas era tal, que sus servicios fueron muy solicitados. Ciertamente, parecía llamado a cumplir las más altas funciones.

Durante un tiempo, pensó en hacerse sacerdote. De 1501 a 1504, vivió con los monjes de la Cartuja de Londres, dedicado a “la devoción y la oración”. Allí fue donde empezó a llevar un cilicio de penitente, que no se quitaría hasta el día antes de su ejecución, más de 30 años después. Erasmo dijo que Moro se fue de la Cartuja y abandonó su vocación religiosa porque prefería ser “un esposo casto que un sacerdote impuro” –y porque se había enamorado. Cotterill¹⁰ añade otras dos razones: la vida eclesiástica era para Moro una burda caricatura del cristianismo; y Pico della Mirandola, a quien Moro admiraba, se había negado también a hacerse monje.

Sea cual fuere la razón real –y quizás hubo varias– Moro cortejó a Jane Colt de Netherhall, Sussex, y se casó con ella en 1504.¹² Durante los cinco años siguientes, Jane le dio cuatro hijos, tres niñas y un niño. La hija mayor, Margaret, era su favorita y gracias a la obra que escribió su marido William Roper, *Vida de Sir Tomás Moro*, cuya primera edición es de 1553, disponemos hoy de informaciones precisas sobre el hombre y su carrera. Su primera mujer murió en 1511 y, comprendiendo que sus hijos necesitaban una madre, se casó de nuevo poco después con una viuda, Alice Middleton, que tenía siete años más que él.

A pesar de su mal carácter y de su lengua mordaz, Alice fue una madre excelente para los niños y protegió a la familia, institución que Moro tenía en gran estima. La imagen que nos da Erasmo de Moro en sus cartas es la de un hombre cuya vida familiar era muy feliz, que gozaba con la compañía de sus hijos y fomentaba sus dotes intelectuales.¹³ En una carta

dirigida a su hija Margaret, que se despidió de él en el patíbulo y conservó su cabeza hasta su propia muerte, Moro escribía: “Te aseguro que antes de permitir que mis hijos sean ignorantes y ociosos prefiero sacrificarlo todo y renunciar a los negocios para ocuparme de ellos, entre los cuales a nadie quiero más que a ti, amada hija”.¹⁴

Moro fue un hombre excepcional por muchos conceptos: por la plenitud de su vida pública y profesional, y por sus prodigiosos escritos, en latín y en inglés, que redactaba en los momentos que le dejaban sus obligaciones públicas, y también, y sobre todo, por su vida familiar en la que puso en práctica muchas de sus ideas educativas, en lo que él llamaba su “Academia”(es decir, su hogar). Debido precisamente a esta imbricación de los aspectos públicos y privados de su vida, no siempre es fácil distinguir entre el hombre y sus ideas y las posiciones oficiales que adoptó. Tampoco es fácil distinguirlo de Erasmo, que fue el escritor europeo mas famoso de comienzos del siglo XVI. Su amistad comenzó hacia 1499, y Erasmo visitó frecuentemente el hogar de los Moro durante los veinte años siguientes. En 1506, por ejemplo, tradujeron juntos las obras de Luciano, una de las cuales, *Menipo va al infierno*, quizás diera a Moro la inspiración para escribir su *Utopía*. En 1509, mientras residía en casa de Moro, Erasmo escribió su famoso *Encomium moriae [Elogio de la locura]* y en 1518 publicó los poemas latinos de su amigo porque creía que “el único genio de Inglaterra” no tenía tiempo de hacerlo, y aún menos de escribir todas las obras de creación que él quería, ya que su carrera jurídica y política no le dejaba tiempo suficiente para sus reflexiones. En efecto, el último año del reinado de Enrique VII, en 1509, Moro fue nombrado miembro del Parlamento y vicesheriff de Londres. Al poco tiempo, el cardenal Wolsey le presentó al nuevo rey, Enrique VIII. Moro pasaría a ocupar muy pronto las más altas funciones políticas. En 1514 fue nombrado *Master of the Requests* (Relator del Consejo de Estado). Al año siguiente fue enviado por primera vez a una misión en el extranjero, una embajada comercial en Flandes durante la cual escribió el segundo libro de *Utopía*. Completaría el primero a su regreso a Inglaterra, en el mismo año. Entre otras misiones en el extranjero, en las cuales Moro pudo hacer uso de sus habilidades diplomáticas, figuran su asistencia al encuentro de Calais entre Enrique VIII, Carlos V y Francisco I (1520), en el “Campo del Paño de Oro”,¹⁵ embajadas en Brujas y Calais (1521); una embajada en París (1527) con el cardenal Wolsey y un viaje en el que representó al rey en el Tratado de Cambrai (1529), que permitió a Inglaterra mantenerse al margen de la guerra europea durante los trece años siguientes.

Moro fue distinguido con grandes honores políticos. Tras defender con éxito a un grupo de aprendices de Londres que habían participado en una revuelta en 1517, el año siguiente fue nombrado consejero privado por recomendación de Wolsey. En 1521 fue armado caballero y se le nombró Tesorero de la Real Hacienda. En 1523 fue elegido presidente de la Cámara de los Comunes. Se dice que al recibir este último nombramiento declaró a Wolsey que no podría ni querría hacer nada sólo para complacerse a sí mismo, porque “no tenía ojos para ver ni oídos para oír, sino en lo que esta Cámara (de los Comunes) tuviese a bien ordenar a su servido”.¹⁶ A continuación fue elegido gran mayordomo de la Universidad de Oxford (1524), y de la Universidad de Cambridge (1525), fue nombrado Canciller del Ducado de Lancaster (1525) y en 1529, cuando Wolsey cayó en desgracia, Moro se convirtió, contra su voluntad, en el consejero más importante y respetado del rey, al ser nombrado Gran Canciller de Inglaterra, el primer seglar que alcanza este alto cargo del Estado. En ese puesto culminaría su carrera temporal.

Hasta ese momento, la fama de Moro se basaba tanto en sus prolíficos escritos y sus discursos teológicos como en sus virtudes de hombre íntegro, honrado y sencillo. Aparte de su mencionada colaboración con Erasmo, sus numerosos poemas latinos y la *Utopía*, fue autor de cartas con las que intervino en varias controversias, por ejemplo las dirigidas a Marin Dorp, (1515), a las autoridades universitarias de Oxford (1518), en las que defendía brillantemente la

necesidad de prever un lugar para la enseñanza humanista en la universidad, especialmente el griego y lo que hoy llamaríamos las disciplinas de cultura general, y la dirigida “a un monje” (1520), en la que criticaba la corrupción del clero. En 1520 ayudó a Enrique VIII a componer la *Assertio septem sacramentorum*, ataque contra Lutero y todo lo que éste representaba, que deparó a Enrique el título de “Defensor de la Fe” concedido por el Papa León X.¹⁷ Cuando Lutero replicó, Enrique VIII encargó a Moro que respondiese, lo que hizo con su *Responsio ad Lutherum* (1523).

En 1522, empezó a escribir un libro piadoso titulado *Las cuatro últimas cosas*, que es una meditación sobre la muerte, el juicio, el dolor y el gozo. En este tratado, que no terminó, se refleja la consternación de Moro ante el carácter cruel y vindicativo de la vida política y económica de los primeros tiempos de la dinastía Tudor. Quizás refleje también una inquietud personal por el hecho de que el tiempo que dedicaba al servicio de Enrique VIII lo restaba a su familia y a su “Academia”.

En el siguiente comentario de William Roper puede verse el aprecio que sentía Enrique VIII por Moro “Así, poco a poco fue promovido por el Rey a las más altas funciones, Y de este singular favor y confianza gozó durante veinte años y más; cuando el Rey había concluido sus devociones, le hacía llamar a sus habitaciones privadas y conversaban sobre astronomía, geometría, teología y otras ciencias, y a veces de los asuntos del mundo. Otras veces lo hacía subir con él al tejado,¹⁸ para observar juntos las variaciones, trayectorias y movimientos de las estrellas y los planetas”.

Quizás el secreto de Moro fuera que, siendo capaz de vivir en el mundo, parecía al mismo tiempo apartado de él, en sus observaciones que tanto atraían a la gente. Era a todas luces capaz de ver las dos caras de un argumento, y como Gran Canciller ganó fama de imparcial, rápido y justo en sus juicios, aunque se ha dicho que imponía sentencias excesivamente severas a quienes no compartieran sus opiniones religiosas. Es lo que explica el conflicto con Enrique VIII, su caída en desgracia y su muerte en el patíbulo por traición.

Moro y la reforma inglesa

En la época en que fue nombrado Gran Canciller, Moro era conocido en toda Europa como un hombre ingenioso, afable, inteligente y honrado. Enrique le tenía por amigo y consejero, seguro de que había nombrado al canciller ideal que le permitiría cumplir su deseo personal – divorciarse de Catalina de Aragón–, y reformar la Iglesia sin destruirla. Moro compartía los temores de Enrique respecto de la Reforma Luterana, que podía destruir la antigua fe y el orden establecido. Teológicamente era conservador. Como Colet y Erasmo, Moro creía en la necesidad de una mayor tolerancia religiosa, una teología más racional y una reforma de las costumbres y del comportamiento del clero, pero se oponía a toda ruptura con la Iglesia histórica. No deja de tener importancia, pues, que Enrique se sirviera de Moro en su disputa con Lutero y que el Obispo de Londres, Cuthbert Tunstall, lo utilizara para escribir panfletos y comentarios críticos sobre ciertos libros y tesis protestantes. En 1529, por ejemplo, Moro escribió un *Dialogue concerning heresies* [Diálogo sobre las herejías] para refutar las doctrinas de William Tyndale, y una *Supplication of souls* [Súplica de las almas], contra Simon Fish que había atacado al clero. En 1532 y 1533 publicó la *Confutation of Tyndale's answer* [Refutación de la respuesta de Tyndale] y una *Apología* de la posición católica. En 1533 escribió la *Debellation of Salem and Byzance* contra dos obras del abogado Christopher Saint Germain, y una *Answer to a poisoned book* [Respuesta a un libro envenenado], contra una obra anónima titulada *The supper of the Lord* [La cena del Señor] que durante muchos años se atribuyó a Tyndale y después a George Joye.

Podría parecer irónico que en los últimos años de la vida de Moro sus escritos sobre la posición teológica de la Iglesia fuesen tan abundantes mientras que el rey, a quien sirvió lealmente hasta el fin, se dedicaba a hacer adoptar leyes que iban a cambiar para siempre, aunque no a destruir, la condición de la Iglesia en Inglaterra. Es irónico también que Enrique, que había utilizado a Moro y lo consideraba un amigo, se volviera tan violentamente contra él. Esto fue debido tanto a que no comprendía el carácter de Moro, como a que temía su influencia. Como Gran Canciller, Moro era la personalidad más destacada del país, después del rey. La importancia que se concedía a sus opiniones se debía tanto a su rango como a su personalidad. La renuencia de Moro ante el divorcio del rey aumentaba a medida que crecía la determinación de éste, no tanto por el divorcio propiamente dicho como porque veía en ello un desafío directo a la autoridad del Papa. La situación empeoró cuando Enrique se hizo proclamar Cabeza Suprema de la Iglesia de Inglaterra (1531). Moro pensaba que Cristo era la cabeza de la Iglesia y que Enrique estaba usurpando el lugar del vicario de Cristo en la tierra, que era el Papa. En consecuencia, el 16 de mayo de 1532, dimitió de su cargo, esperando que podría vivir una vida tranquila con su familia y sus libros. Pero eso no le estaría permitido, al menos por mucho tiempo, puesto que Enrique estaba decidido a obtener su apoyo, convencido de que su aprobación sería una garantía del éxito de su empresa. El 12 de abril de 1534, Moro fue convocado a Lambeth para pronunciar el juramento de adhesión a la Ley de Supremacía, que negaba la autoridad del Papa y confirmaba el divorcio de Enrique VIII. Moro se negó dos veces, alegando razones jurídicas. El 17 de abril fue encerrado en la Torre de Londres, y el 1 de julio de 1535 fue condenado por traición, gracias al falso testimonio de Sir Richard Rich, Fiscal General, a quien Moro había ayudado pero que ahora era el hombre de mano de Cromwell. Según Roper,¹⁹ el diálogo entre Moro y Rich, que zanjó finalmente la cuestión, fue así:

- “Pongamos por caso, dijo Moro, que el Parlamento promulga una ley según la cual Dios no es Dios; ¿diríais, señor Rich, que Dios no es Dios?
- No, señor, respondió, no lo diría porque ningún Parlamento puede promulgar una ley así.
- Pues bien, replicó Moro... tampoco el Parlamento puede hacer que el rey sea cabeza suprema de la Iglesia”.

Moro, por supuesto, se equivocaba. El 6 de julio de 1535 moría en el patíbulo, afirmando su lealtad al rey, pero diciendo que aún era mayor su lealtad al Rey de los Cielos.²⁰ Como escribe Bindoff: “Moro fue víctima de esa persistente ilusión, que él había compartido, de que una institución humana puede poseer el monopolio de la verdad o el poder de imponer sus dogmas a todos aquellos que están sujetos a su autoridad humana. En el caso de Moro, la institución culpable fue el Parlamento.”²¹

Para mucha gente Moro fue, y sigue siendo, una figura enigmática. Como Presidente de la Cámara de los Comunes, por ejemplo, se sirvió de su posición y de sus opiniones anticlericales para persuadir al Parlamento de que aprobase varias leyes que limitaban los poderes del clero, entre ellas una ley por la que el Parlamento debía establecer los derechos que percibía el clero por los funerales. Otra ley prohibía a los clérigos beneficiarse de más de una prebenda.²² En su *Utopía*, Moro acusó a las grandes abadías y monasterios de “hacer pastos de las tierras de labranza”, es decir, cercar tierras para hacer pastar a las ovejas, expulsando así a los braceros de las tierras cultivables. Sin embargo, como Robert Bolt muestra tan brillantemente en su obra *A man for all seasons* [Un hombre para toda ocasión],²³ Moro fue, sobre todo, un hombre íntegro que no estaba dispuesto a sacrificar su conciencia a los deseos y caprichos de un monarca absoluto. Desprovisto de ambición social o política, muchos de los cargos que se le ofrecieron hubo de aceptarlos por la fuerza. Denunció la hipocresía y la corrupción allí donde las veía, sobre todo en las altas esferas. Para Moro, el cardenal Wolsey encarnaba la corrupción reinante en la Iglesia de su tiempo. Se le ha llamado a

menudo “la voz de la conciencia” de su época porque cuando fue presidente de la Cámara de los Comunes defendió la causa de la libertad de expresión. Roper dice que cuando fue nombrado presidente expresó el deseo de que toda persona pudiera, sin miedo a ser castigado, descargar su conciencia y manifestar claramente su opinión sobre cualquier asunto que fuera debatido en el Parlamento.²⁴ Hoffmann escribió que Moro puso su conciencia por encima de todo lo demás’ S.²⁵ Erasmo, al enterarse de su ejecución, dijo de Moro que “su alma era más pura que la nieve, su genio era tan grande que Inglaterra nunca tuvo ni volverá a tener otro igual”.²⁶

Quizás en ninguna otra circunstancia se reveló mejor esta nobleza de carácter que cuando lo sentenciaron a muerte los jueces, en la Torre de Londres. Las últimas palabras que les dirigió fueron comedidas y dignas: “En este mundo siempre habrá discordias y discrepancias. Pero yo confío en que, así como San Pablo... consintió y asistió a la muerte de San Esteban ..., y sin embargo ahora están los dos unidos en el cielo, también nosotros, que en este mundo discrepamos y sostenemos opiniones diversas, seremos para siempre de una misma opinión en el mundo venidero. Con esta esperanza ruego a Dios que os proteja a todos, y en particular a mi Señor el Rey, y se digne enviarle siempre consejeros fieles”.²⁷

En su obra *History of the English-speaking peoples* [Historia de los pueblos de habla inglesa], Winston Churchill escribe de Moro lo siguiente: “La oposición de Moro y de Fisher a la supremacía que el rey pretendía ejercer en el gobierno de la Iglesia fue una actitud noble y heroica. Si bien eran conscientes de los defectos del sistema católico de su tiempo, odiaban y temían al nacionalismo agresivo que estaba destruyendo la unidad de la cristiandad... Moro tomó la defensa de todo lo que había de bueno en la concepción medieval. Él encarna ante la historia la universalidad de la Edad Media, su creencia en los valores espirituales y su sentido instintivo de la trascendencia. El hacha cruel de Enrique VIII decapitó no sólo a un consejero sabio y competente, sino también a un sistema que, aunque no practicara lo que predicaba, durante mucho tiempo inspiró los sueños más radiantes de la humanidad”.²⁸

Las condiciones de encarcelamiento de Moro durante su último año de vida en la Torre de Londres hacen aún más asombrosa su perseverancia en la escritura. Hacia el final, cuando se le había retirado el papel y la pluma, se las arregló todavía para escribir cartas a la familia con un trozo de carbón. El *Treatise on the passion* [Tratado de la pasión] y su versión latina *Exposito passionis*, son un relato sobrecogedor de las últimas horas de Cristo antes de su muerte en la cruz, y su *Dialogue of comfort against tribulation* [Diálogo del consuelo y la tribulación] se ha considerado su mejor obra en inglés. A su muerte, todos sus trabajos y papeles pasaron a poder de su hija Margaret (fallecida en 1544) y después a un sobrino, William Rastell, que en 1557 compiló sus *Obras completas* en inglés. Los escritos de Moro en latín fueron compilados e impresos parcialmente en Basilea en 1563 con el título *Lucubrationes*, y de un modo más completo en Lovaina en 1565-1566, con el título *Opera omnia*. La repulsa ante su ejecución y el reconocimiento de su genio fueron tales que a finales del siglo XVI se habían publicado ya varias biografías, inspiradas en el ejemplo de *Vida de Sir Tomás Moro* publicada por su yerno William Roper (1553).

Moro, hombre del Renacimiento y educador

La alta consideración en que sus contemporáneos tuvieron a Moro se debe tanto a sus ideas como a sus escritos religiosos. Richard Whittington, maestro de escuela de Londres, escribía a este respecto en 1520: “Moro es un hombre que posee el ingenio de un ángel y una erudición singular; tan pronto maravillosamente alegre y entretenido como solemne, según lo requieran las circunstancias, dijéramos, *un hombre para toda ocasión*”.²⁹

Tomás Moro, “cuya integridad, encanto personal, suave determinación y doloroso destino hacen de él la figura más atractiva de comienzos de siglo XVI”,³⁰ junto con su gran amigo Erasmo, hizo que los estudios renacentistas dieran prioridad al pensamiento moral y religioso, y no sólo a las influencias paganas o artísticas, como ocurría en Italia. Se atribuía igual importancia a las cuestiones filosóficas y morales planteadas por escritores griegos como Platón y Aristóteles que a las historias y leyendas. Este es un aspecto que distingue a Inglaterra del resto de Europa. No sólo Moro contribuyó a la conservación del derecho consuetudinario inglés (*common law*) dándole preferencia sobre el derecho romano, sino que en cuestiones educativas fomentó la dimensión religioso-moral tanto como la cultural.

Sus conocimientos lingüísticos –inglés, latín y griego–, su curiosidad intelectual, que abarcaba por igual la actividad intelectual, la pintura y la música, su aptitud para extenderse sobre cuestiones de importancia, pero también para entregarse a conversaciones ligeras, es lo que lo distingue principalmente de tantos de sus contemporáneos. Moro se habría considerado a sí mismo un humanista, no en el sentido moderno de la palabra que significa la tendencia a centrarse en el hombre y no en Dios, sino como una persona interesada por las humanidades y por el estado del mundo. El auge del Renacimiento, especialmente en el siglo XV cuando se descubrieron manuscritos griegos y latinos que fueron reproducidos en las imprentas recién inventadas, fue acompañado por una ola de entusiasmo por las ideas y los escritores clásicos. Se descubría la existencia de la belleza en el mundo y en los seres humanos, y las inmensas posibilidades de creación. En ese marco del pensamiento y en esa concepción del mundo se situaron Moro y sus amigos. En términos estrictos, los humanistas eran eruditos especializados en griego y latín, hombres como Moro, Colet, Linacre, Erasmo, Roger Ascham y Luis Vives, pero los humanistas del Renacimiento creían que debían extender su curiosidad a otros campos: la religión y la filosofía moral, las humanidades y las artes liberales, la ciencia y la filosofía natural y, en general, todos los temas de interés humano. Muchos de ellos, como Moro, no sólo leían y hablaban en griego y latín, sino que conocían otros idiomas como el español, el italiano o el francés. La importancia que atribuía Moro a esta cuestión se refleja en el siguiente pasaje de *Utopía*: “Este Rafael, cuyo apellido es Hytlodeo, conoce la lengua latina y es doctísimo en la griega. Es mejor helenista que latinista porque se dedicó al estudio de la filosofía, en la cual los latinos no produjeron nada de importancia, excepto algunos escritos de Séneca y Cicerón”.³¹

Moro expuso algunas de sus opiniones sobre la educación en una carta a Pedro Egidio, que en aquella época era secretario del municipio de Amberes.³² “Como sabe, mi joven asistente John Clement³³ estaba entonces con ustedes. Yo le permito que asista a toda entrevista de que pueda sacar algún provecho, pues los rápidos progresos que hace en latín y en griego me hacen concebir las más grandes esperanzas”. Más adelante añade: “... He puesto gran cuidado en no relatar falsedades en mi libro... porque prefiero que me consideren honrado antes que ingenioso”. En esa misma carta, no oculta su desprecio por ciertos compatriotas: “La mayor parte de los lectores ignoran las letras, muchos las desprecian. Los rudos encuentran tedioso todo lo que no es completamente rudo. Los intelectuales desprecian por vulgar todo lo que no es desueto. Algunos sólo se complacen en las cosas antiguas, y la mayoría solamente en sus propias cosas. Unos son tan serios que no admiten el menor humor; otros tan insulsos que no sufren las agudezas”.³⁴

En las cartas que escribía al preceptor de sus hijos (Peter Gunnell), Moro le daba instrucciones muy precisas acerca de su educación. Era un decidido partidario de la educación superior para la mujer, basada especialmente en el estudio de los clásicos y la filosofía, como antídoto de las aburridas lecciones de música, bordado y cocina. Las hijas de Moro, por cierto, escribían en latín y lo hablaban a menudo en casa. Por desgracia, a comienzos del siglo XVI la educación, dominada por la Iglesia, era estéril y aburrida, y consistía en el aprendizaje

memorístico del catecismo y las conjugaciones latinas, algo de cálculo y traducciones del latín al inglés y viceversa. La progresiva aparición, inspirada en la literatura griega, de una nueva percepción del mundo como un lugar hermoso, y de la belleza y la personalidad del ser humano, transformó la concepción de la educación, y Moro trató de poner en práctica las nuevas ideas en su “academia”.

La “academia” de Moro

Moro se mudó de casa varias veces en su vida, pero en 1517 se instaló en Chelsea, en una casa cuyas obras de construcción se prolongaron hasta 1523. La familia extendida de Moro se componía de 21 personas, más otros muchos criados y allegados. Moro se había reservado una dependencia separada con una capilla, una biblioteca y una galería. Los viernes se recluía allí, dedicado al estudio y la oración. Puede decirse, no obstante, que todo su hogar era un lugar de experimentos educativos. Enseñó a su mujer y a su familia a cantar y tocar diferentes instrumentos musicales, y a leer y debatir sobre cuestiones filosóficas y teológicas en latín y en inglés, y a veces en griego. No hacía ninguna distinción entre hombres y mujeres, y se ha dicho que el hogar de Moro era “un modelo intemporal de felicidad doméstica”.³⁵

La descripción más precisa de la vida doméstica de Moro nos la da Erasmo, gran amigo y asiduo visitante de la casa: “Podemos decir de él que preside una segunda Academia como la de Platón, sólo que en vez de la geometría y los números encontramos allí las virtudes domésticas. Todos los miembros de su hogar están ocupados. No se oye allí una palabra más alta que otra, sino que se mantiene la disciplina con cortesía y amabilidad... En el hogar de Moro, se diría que ha renacido la Academia de Platón, salvo que en ella los debates eran acerca de la geometría y el poder de los números, mientras que la casa de Chelsea es una verdadera escuela de religión cristiana... No hay nadie, ya sea hombre o mujer, que no lea y estudie las artes liberales. Y sin embargo, lo que más les ocupa es la devoción. A nadie se le ve nunca ocioso. El cabeza de familia gobierna la casa con gentileza y amabilidad, y no con altivez y reprimendas frecuentes”.

¡Qué contraste entre esta imagen y los frecuentes azotes que recibían los alumnos de las escuelas que no sabían la lección!

Moro creía firmemente que los hijos son un don de Dios a los padres, a la Iglesia y a la nación. Era importante, pues, que recibieran una buena formación y educación, no sólo de sus padres, sino también del Estado y de la Iglesia, que debía poner a su disposición los necesarios profesores competentes para los jóvenes. Estas ideas se exponen en *Utopía*. Uno de los problemas de la escuela a comienzos del siglo XVI era que los maestros carecían de formación. Moro estimaba que el Estado tenía la clara responsabilidad moral de organizar un sistema adecuado de formación de los maestros, pero también de organizar el sistema escolar.³⁷

Moro fue un punto de referencia para muchos humanistas del Renacimiento, y su “academia” era el lugar en que solía recibir a sus amigos, ya que allí podía poner en práctica muchas de sus ideas, mediante tranquilas conversaciones con su mujer, sus hijos y sus amigos, sin distinción de clase o de sexo, sobre arte y literatura, así como sobre religión y los valores laicos.

Le interesaba tanto la disciplina, siempre dentro de un ambiente civilizado y cortés, como el debate libre entre los sexos. Además de Erasmo, entre sus amigos y seguidores figuraban John Colet (fundador de la St. Paul’s School de Londres); Hans Hoibein el Joven, autor de un retrato de Moro en 1527 que se conserva en la Galería Nacional de Retratos de Londres; Fisher, fundador de varios colegios en Cambridge; Linacre, helenista, fundador del colegio de Oxford que lleva su nombre y fundador y presidente del Real Colegio de Médicos. Dos amigos que quedaron especialmente impresionados por lo que oyeron y vieron en casa de Moro fueron

Sir Thomas Elyot (1490-1546), autor de *The booke named "the Governour"* [El libro titulado "el Gobernador"] (1531), el primer libro sobre educación escrito en inglés y no en latín, y Roger Ascham, preceptor de la futura reina Isabel I y autor de *The scholemaster* [El maestro de escuela] (1570). Estos libros tuvieron profunda influencia en las escuelas y en los programas de enseñanza hasta bien entrado el siglo XVII.

A partir de algunas observaciones de Erasmo sobre Moro, es fácil ver en qué residía su atractivo. Escribe Erasmo en una carta: "Desde su primera infancia, Moro tenía tal inclinación por las bromas que se hubiera dicho que había nacido para ellas".³⁸ En otra carta dirigida al caballero alemán Ulrich von Hutton, fechada en Amberes el 23 de Julio de 1519,³⁹ Erasmo dice de Tomás Moro: "Su fisonomía se corresponde con su carácter, siempre afable y amistosamente alegre; sus facciones suelen ser sonrientes y, a decir la verdad, más aptas para la diversión que para la seriedad y la solemnidad, aunque muy distantes de la necedad y la payasada... En la relación social es de tan extremada cortesía y encanto que no hay ningún hombre melancólico que no sepa alegrar, ni tema tan aburrido que él no sea capaz de animar... En todas las cosas, incluso las más serias, busca el aspecto placentero. Si tiene que tratar con hombres inteligentes y cultos, se complace en su brillantez; si con ignorantes y necios, se divierte con su necedad".

"Utopía"

La filosofía de la educación de Moro estuvo muy influida por sus amigos y colegas y los debates que sostenían, así como por sus lecturas, observaciones y convicciones políticas. Tenía una firme confianza en la capacidad del ser humano de realizarse y de superar la adversidad, de interesarse por las artes, la literatura, la música y la filosofía, y de mantenerse al corriente de las novedades científicas. Aunque gran parte de sus opiniones, expresadas verbalmente, influyeron en futuros escritores, y aunque sabemos lo que pensaba y lo que sentía gracias a algunas de sus cartas y a las observaciones de Erasmo, ningún perfil de Moro sería completo sin hacer referencia a dos de sus obras que contribuyeron a su fama, la *Utopía* (1516) y la *Historia de Ricardo III* (1543).

La primera versión de *Utopía* se publicó en latín en 1516. La traducción al inglés no se publicó hasta 1556, pero para entonces sus principales argumentos eran bien conocidos y habían sido ampliamente debatidos. *Utopía* hizo de Moro uno de los pensadores y visionarios humanistas más eminentes del Renacimiento. Aún hoy suscita vivas discusiones. Según Turner,⁴⁰ dos escuelas de pensamiento se oponen sobre su contenido y objetivos. Unos creen que *Utopía* es principalmente una obra católica, en la que el autor expone sus opiniones, y donde todo lo que pueda parecer propaganda comunista es simple alegoría. Según otros, se trata de un manifiesto político en el cual todas las referencias a la religión deben pasarse por alto. Ambas interpretaciones son sólo parcialmente ciertas.

Utopía es una sátira política, pero también una obra alegórica y romántica. Pretende, como las sátiras de Horacio, "decir la verdad a través de la risa", o, al igual que "la Historia verdadera" de Luciano, "no solamente ser ingeniosa y entretenida, sino también decir algo interesante".⁴¹

La historia se sitúa en una isla imaginaria donde no hay guerras, miseria, delitos, injusticias ni ningún otro de los males que aquejaban a la Europa contemporánea. Todos reciben por igual riqueza, alimentos y pobreza. Nadie tiene más que otro. El Estado supervisa y garantiza una justa distribución de los recursos, incluidos los cuidados de la salud. La jornada de trabajo se limita a seis horas, y el tiempo libre se dedica al estudio de las artes, la literatura y la ciencia. Como la enseñanza técnica y profesional está abierta a todos, cada uno puede aprender al menos un oficio. Sólo se permite el combate en defensa propia, y los que infringen

la ley son condenados a la esclavitud. La religión es un teísmo sin confesión particular y los sacerdotes son elegidos por su santidad. Cada niño y niña tiene derecho a una educación completa, entendiendo por esto el estudio de la literatura, los clásicos, el arte, la ciencia y las matemáticas, lo que hoy día llamaríamos un “programa equilibrado”. A los niños se les despertaba la conciencia política en clases de instrucción cívica. El Estado es responsable de la educación y de garantizar una plantilla de maestros capacitados. Las niñas no deben recibir un trato distinto del de los niños.

El propósito evidente de Moro cuando escribió *Utopía* era abrir los ojos del pueblo a los males sociales y políticos del mundo circundante, como la inflación, la corrupción, los malos tratos a los pobres, las guerras sin finalidad alguna, la ostentación de la corte, el abuso del poder por los monarcas absolutos, etc. Moro empleaba palabras derivadas del griego para recalcar sus argumentos. Así pues, Hytlodeo significa “narrador de cuentos vanos”; “utopía” quiere decir “ninguna parte”; el río se llama “Anhidros” (sin agua), y el magistrado supremo, “Ademos” (sin pueblo).⁴² De la carta a Pedro Egidio se desprende claramente que Moro esperaba que los lectores instruidos entendiesen el significado de los nombres griegos que había dado a los lugares y los títulos oficiales, y también porque quería que los lectores se dieran cuenta de que eran imaginarios. Muchos lectores no admiten que Moro, devoto católico romano, propugnara la eutanasia, el matrimonio de los sacerdotes y el divorcio por consentimiento mutuo por razones de incompatibilidad, o que propusiera que los futuros esposos se viesen desnudos antes de tomar la decisión de casarse. Muchos lectores creen que las ideas básicas expuestas en *Utopía* son comunistas. Incluso hoy día, *Utopía* sigue siendo un libro de fácil lectura, pero hay que tener en cuenta que no representa un ideal positivo, sino que es una crítica de la perversidad europea tal como la veía Moro. Su objetivo era avergonzar a los cristianos para que no se comportasen peor que los pobres paganos de *Utopía*, como ocurría entonces, sino mucho mejor. “La obra utiliza un medio de expresión intemporal que la saca de la época particular en que surgió, impidiendo que parezca lingüísticamente anticuada o difícil”.⁴³

Si bien hay referencias a Platón, y algunas de las ideas de Moro proceden claramente de *La república* y *Las Leyes*, su planteamiento básico es muy distinto. Los dos creían que el Estado debía desempeñar un papel predominante en la educación, pero mientras que Platón apenas se refiere al comunismo, para Moro es la base de la sociedad. A Platón le interesaba principalmente la educación de las clases dirigentes, mientras que para Moro había que tener muy en cuenta a los productores, y especialmente a agricultores: “Pues aunque muy pocos en cada ciudad que se hallan exentos de los trabajos para dedicarse únicamente al estudio –los que dan pruebas desde la infancia de dotes particulares, una notable inteligencia y aptitudes para los conocimientos superiores–, todos, desde muchachos, reciben una educación literaria, y buena parte de la población, hombres y mujeres, durante toda su vida, dedican al estudio aquellas horas que, como hemos dicho, les deja libres el trabajo. Aprenden todas las disciplinas en su propia lengua, que es rica en vocabulario”.⁴⁴ Es una crítica clara contra el uso del latín en vez del inglés en la escuela.

Mientras que Platón alentaba la guerra y admiraba las virtudes militares, Moro trató de defender los valores pacifistas. En lugar de perder el tiempo, “la mayoría (de la población de *Utopía*) dedica sus ratos de ocio al cultivo de las letras, y suelen asistir en las primeras horas de la mañana a unos cursos públicos, que sólo siguen por obligación los que se dedican particularmente a las letras. No obstante, numerosos hombres y mujeres asisten, según sus aficiones, a alguno de aquellos cursos”.⁴⁵ Platón ignora en gran parte la vida familiar, mientras que para Moro la familia es la base de la sociedad; reserva lugar preferente a las mujeres en el hogar y fomenta sus aptitudes intelectuales, aunque Moro nunca reconoció que fueran iguales

en todas las cosas. Mientras que Platón es serio, Moro es satírico; Platón prohíbe el arte, la poesía y la música, Moro las apoya.

En *Utopía* se exponen otras tres ideas pedagógicas. La primera es la siguiente: “Los magistrados... no quieren obligar a los ciudadanos a realizar contra su voluntad trabajos superfluos, ya que las instituciones de aquella república tienden esencialmente a liberar a todos los ciudadanos de las servidumbres materiales en cuanto lo permiten las necesidades de la comunidad, y a favorecer la libertad y el cultivo de la inteligencia. Para ellos, ése es el secreto de la felicidad humana”.⁴⁶

La segunda idea es que los niños y los adultos deben relacionarse libremente entre sí y aprender mutuamente, idea que sólo se ha empezado a aplicar de verdad a finales del siglo XX. La tercera idea es que toda educación debe tener un fuerte componente moral, enseñado por sacerdotes que son “los responsables de la educación de los niños y los adolescentes”. Si (esas ideas) “penetran en el alma de los niños, permanecerán en ella a lo largo de toda la vida de adultos y contribuirán sobremanera a conservar el Estado, que nunca se ve tan amenazado como por los vicios que se derivan de doctrinas erróneas”.⁴⁷

Si bien *Utopía* gozó de un éxito considerable y aseguró la reputación de Moro en toda Europa, hasta después de su muerte no se apreció otra faceta de su actividad: la de historiador. Su *Historia de Ricardo III* se publicó por primera vez en forma completa en 1543, como continuación de la *Crónica* de Hardyng y de la *Anglicae historia* de Polidoro Virgilio. En la *Historia de Ricardo III* se presenta a este rey como un malvado, y esa imagen influyó en la idea que tuvieron de Ricardo las generaciones posteriores; la obra teatral de Shakespeare *Ricardo III* se basa en gran medida en la interpretación de Moro y da una imagen vívida, aunque inexacta, del rey. Hay dos aspectos de la *Historia* que nos dicen mucho acerca de Moro. “El *Ricardo III* de Moro es la primera gran obra en prosa de la literatura inglesa y con ella se inicia la historiografía moderna. Pese al esplendor de la era isabelina, nada en ella se le puede comparar hasta el *Enrique VII* de Bacon (1622), y como narrativa bilingüe es única”.⁴⁸ No solamente fue el primer trabajo histórico de valor literario publicado en inglés, sino que además se escribió simultáneamente en inglés y en latín, lo que supone un toque de genio.

Moro era capaz de “describir acontecimientos recientes en el estilo que su formación humanista y sus amigos eruditos apreciaban: la del relato dramático audaz que se eleva por encima de los hechos para convertirse en arte, y buscaba más la verosimilitud psicológica que la exactitud fáctica”.⁴⁹ Escribiendo así, Moro inspiró a las generaciones posteriores de historiadores e impuso la imagen histórica de Ricardo III hasta el siglo XVIII, cuando se inició una revalorización de la figura del rey con la obra de Horace Walpole *Historic doubt on the life and reign of King Richard III*, en la que cuestiona la historia de Moro. Desde entonces, se han creado numerosas sociedades de “Amigos de Ricardo III” a ambos lados del Atlántico. Para ser justos hemos de decir que Moro estuvo fuertemente influido por las opiniones del arzobispo Morton y de otros contemporáneos. Su actividad de historiador apuntaba en parte a criticar la brutalidad de la monarquía de los Tudor, pero no la llevó hasta su término por miedo de acabar tildando a Enrique VII y a Enrique VIII de tiranos. En su lugar, recurrió al relato satírico de *Utopía* para dar a conocer su mensaje.

El legado de Moro

El lugar de Moro en la historia de Inglaterra y de Europa está asegurado, no sólo por *Utopía* sino también por su oposición de principio a la tiranía y el claro ejemplo que dio de que la conciencia y la moral pueden triunfar sobre el mal. Moro podía retrasar, pero no impedir el movimiento de Reforma en Inglaterra.

Por ello y por la influencia que ejerció su visión de Ricardo III, por la inspiración que supuso para los parlamentarios del siglo XVII y siguientes que lucharon en favor de la libertad de expresión y del derecho consuetudinario inglés, y por su obra, que sirvió para designar un mundo ideal del futuro, *Utopía*.

Sin embargo, sus dos mayores legados son su obra escrita y sus concepciones educativas. Moro inspiró todo un género literario de narraciones idealistas y futuristas y relatos de viajes fantásticos. Se ha publicado bastante más de un centenar de libros de este tipo, entre los que podríamos citar *Another world and yet the same* [Un mundo distinto y sin embargo igual] de Joseph Hale (1600); *Christianopolis* de Andrae (1619); *New Atlantis* [La nueva Atlántida] de Bacon (1626); *Oceania* de Harrington (1656); *Los viajes de Gulliver* de Swift (1726); *Cándido* de Voltaire (1759); *News from nowhere* [Noticias de ninguna parte] de William Morris (1890); *La máquina del tiempo* de H.G. Wells (1895); *Un mundo feliz* de Huxley (1932); *Horizontes perdidos* de James Hilltop (1933); *1984* de George Orwell (1949), etc.

En cuanto a sus ideas sobre la educación, muchas de ellas parecen hoy triviales: la responsabilidad del Estado; la educación mixta y la educación de adultos; los programas equilibrados; la educación moral al mismo tiempo que la académica; el uso de la lengua nacional en la educación, etc., cuyos orígenes, especialmente en la tradición pedagógica inglesa, se remontan a *Utopía* y a las descripciones hechas por Erasmo de la “academia” de Moro. No es poco que los socialistas puedan hacer suyas las ideas de Moro respecto del control del Estado sobre la educación, y que los liberales puedan afirmar que la idea de un programa de estudios amplio y equilibrado proviene de él. Tomás Moro fue verdaderamente “un hombre para toda ocasión”.

Notas

1. Keith Watson. (Reino Unido). Profesor de pedagogía en la Universidad de Reading, donde dirige el Centro de Estudios Internacionales sobre Educación, Gestión y Formación. Anteriormente había trabajado varios años para el British Council en Polonia, en Bangladesh, en Tailandia y en Londres. Sus principales trabajos de investigación versan sobre educación comparada e internacional. Autor de varias obras, entre las que mencionamos: *Educational development in Thailand* y *Education in the Third World*. Es redactor-jefe del *International journal of educational development*.
2. G.R. Elton, *England under the Tudors* [Inglaterra bajo los Tudor], Londres, Methuen, 1957, pág. 139.
3. Reader's Digest Association, *Milestones of History* [Jalones de la historia], Vol. 5, *Reform and Revolt* [Reforma y revuelta], 1974, pág. 55.
4. Los otros dos eran Colet y Erasmo.
5. No se sabe con certeza si Moro simpatizaba verdaderamente o no con el comunismo. Véase el apéndice a la traducción de *Utopía* por Paul Turner, Harmondsworth, Reino Unido, Penguin Books, 1965.
6. Dos de las mejores obras sobre este periodo son *Richard III* de Paul Kendall (Londres, Book Club Associates, 1955) y *Edward IV* de Charles Ross (Londres, Book Club Associates, 1975). Las Guerras de las Dos Rosas fueron llamadas así porque el emblema de la Casa de Lancaster era una rosa roja y el de la Casa de York una rosa blanca.
7. Se ha dicho que los príncipes fueron asesinados en la Torre de Londres por orden de Ricardo III. Véase lo que dice Paul Kendall al respecto en su “Introducción” a *Richard III: the great debate*, Londres, Folio Society, 1965.
8. Hasta el reinado de María Tudor (María I, 1553-1558) sólo los herederos varones podían ser coronados reyes.
9. Véase la “Everyman edition” de la obra de William Roper, *The life of Sir Thomas More*, Londres, Dent, 1932, pág. 70.
10. En el primer volumen de esta serie figura un perfil de Erasmo.
11. Véase H.B. Cotterill en su “Introducción” a la obra de R. Robynson, *The Utopia of Sir Thomas More*, Londres, Macmillan, 1908,
12. Según Erasmo, Moro prefería la segunda hija pero, temiendo desairar a la primera, decidió casarse con ella.

13. Estos datos proceden de las cartas de Erasmo. Véase: P.S. Allen, H.M. Allen, H.W. Garrod, *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Roterdami*, Oxford, Reino Unido, Oxford University Press, 1906-1958. 12 V.
14. W. Rastell, *The complete English works of Sir Thomas More*, 1553; reeditado por Oxford University Press, 1931.
15. Llamada así por la pompa y el esplendor a que dio lugar la presencia de tantos monarcas europeos.
16. William Roper, *op. cit.*
17. Desde entonces, todas las monedas inglesas llevan en torno a la cabeza del rey la inscripción “Fid.def” (Defensor de la fe).
18. Roper escribe: “*the leads*” (“los plomos”) *op. cit.* pág. 7. En el tejado de la mayoría de las casas de estilo Tudor había hojas de plomo para facilitar el desagüe de la lluvia.
19. En el patíbulo, Moro dijo: “Muero leal a Dios y al Rey, pero antes a Dios”.
20. *Ibid.* pág. 103.
21. S.T. Bindoff, *Tudor England*, Londres, Penguin Books, 1952, pág. 103.
22. En la Inglaterra de los Tudor los clérigos no eran necesariamente sacerdotes. Muchos trabajaban en las abadías y los monasterios, en calidad de administrativos, sacristanes, contables, etc.
23. Robert Bolt, *A man for all seasons*, Londres, Heinemann, 1955.
24. William Roper, *op. cit.* pág. 64.
25. Ann Hoffmann, *Lives of the Tudor age, 1485-1603*, Londres, Osprey Publishers, 1977.
26. P.S. Allen, *op. cit.*, Vol. IV.
27. William Roper, *op. cit.*, pág. 102-103.
28. W.S. Churchill, *A history of the English-speaking peoples*, Vol. 2, Londres, Cassell, 1956.
29. Véase *Collier's Encyclopedia*, Vol XVI, pág. 542, Nueva York, Mcmillan & Collier, 1976.
30. G.R. Elton, *op. cit.*, pág. 139.
31. Tomás Moro, *Utopía*, traducción, prólogo y notas de Ramón Esquerro. Editorial Apolo, Barcelona, 1948.
32. Pedro Egidio fue secretario del municipio de Amberes de 1515 a 1520.
33. John Clement (fallecido en 1572) entró en el hogar de Moro como preceptor de sus hijos. En 1526 se casó con su hija adoptiva Margaret Gigs. Más tarde fue médico de María Tudor.
34. Carta de Moro a Pedro Egidio en Elizabeth F. Rogers (ed.), *The correspondence of Sir Thomas More*, pág. 91, 1947. (Reimpreso: Salem N.H., Ayer Company.)
35. S.T. Bindoff, *op. cit.*, pág. 103.
36. P.S. Allen, *op. cit.*, pág. xxv.
37. William Boyd, *The history of western education*, Londres, Adam & Charles Black, 1947, págs. 237-238.
38. P.S. Allen, *op. cit.*, vol. IV, pág. 17.
39. Citado en C.R.N. Routh, *They saw it happen, 1485-1588*, Oxford, Blackwell, 1956, pág. 26.
40. Paul Turner, *op. cit.*, pág. 7.
41. *Ibid.*, pág. 7.
42. *Ibid.*, pág. 8.
43. *Ibid.*, pág. 22.
44. Tomás Moro, *Utopía*, *op. cit.* pág. 89.
45. *Ibid.*, pág. 76.
46. *Ibid.*, págs. 78-79.
47. *Ibid.*, pág. 123.
48. Paul Kendall, *op. cit.*, pág. 24.
49. *Ibid.*, pág. 25.

Obras de Tomás Moro

Lucian's Mennipus goes to Hell [Menipo va al infierno de Luciano] 1505 (Con Erasmo, traducido al latín).
Life of John Picus, Earl of Mirandula [La vida de Picco, conde de la Mirandola]. 1509-1510.
History of King Richard III [Historia del rey Ricardo III], 1513 (No publicada hasta 1543, después de su muerte).
Carta a Pedro Egidio, 1515.
Utopía, 1516 (en latín).
Carta a la Universidad de Oxford, en defensa de los “*Great Studies*”, 1518.
Epigrams [Epigramas], 1520.
The Four Last Things [Las cuatro últimas cosas], 1522.

Dialogue Concerning Heresies [Diálogo sobre las herejías], 1529.
Treatise on the Passion [Tratado de la Pasión], 1535.
The English Works of Sir Thomas More [Obras en inglés de Sir Tomás Moro], 1557. William Rastell (ed.).
Reimpreso en 1931 por Oxford University Press.
Lucubrationes, 1563 (selección de sus obras en latín).
Opera Omnia, 1567 (obras completas en latín).

Obras sobre Tomás Moro

Allen, P.S.; Allen, H.M.; Garrod, H.W. *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Rotterdami*. Oxford, Reino Unido, Oxford University Press, 1906-1958, 12 vol. (Incluye la correspondencia entre Moro y Erasmo.)
Bridgett, T.E. *Life of Sir Thomas More* [La vida de Sir Tomás Moro]. Oxford, 1891.
Chambers, R.W. *Thomas More*. Oxford, 1935.
More, C. *The life and death of Sir Thomas More* [Vida y muerte de Sir Tomás Moro]. St. Omer o Douai, 1631; Reed. por J. Hunter. Londres, 1828.
Manning, A. *The household of Sir Thomas More* [La familia de Sir Tomás Moro]. Londres, Dent, 1885.
More, Th. *The correspondence of Sir Tomás Moro* [La correspondencia de Sir Tomás Moro]. Ed. E.F. Rogers. Oxford, 1947.
———. *The Utopia of Sir Thomas More* [La Utopía de Sir Tomás Moro]. Trad. por R. Robynson, con una introducción de H.B. Cotterill. Londres, Macmillan, 1909.
———. *Utopía*. Trad. inglesa e introducción de Paul Turner. Harmondsworth, Reino Unido, Penguin Books, 1965.
———. *Utopía (El estado perfecto)*. Traducción, prólogo y notas de Ramón Esquerri. Editorial Apolo, Barcelona, 1948.
Reynolds, E.E. *The field is won: the life and death of Sir Tomás Moro* [La tierra está conquistada: vida y muerte de Sir Tomás Moro]. Londres, Macmillan, 1968.
Roper, W. *The life of Sir Thomas More* [La vida de Sir Tomás Moro]. 1553. Nueva edición en 1906, y reimpressiones subsiguientes por Dent, Londres.
Routh, E.M.G. *Sir Thomas More and his friends* [Sir Tomás Moro y sus amigos]. Oxford, Blackwell, 1934.
Seebhohm, F. *The Oxford reformers* [Los reformadores de Oxford]. Londres, Dent, 1938 (Everyman edition). Reimpreso en Nueva York, AMS Press, 1972.